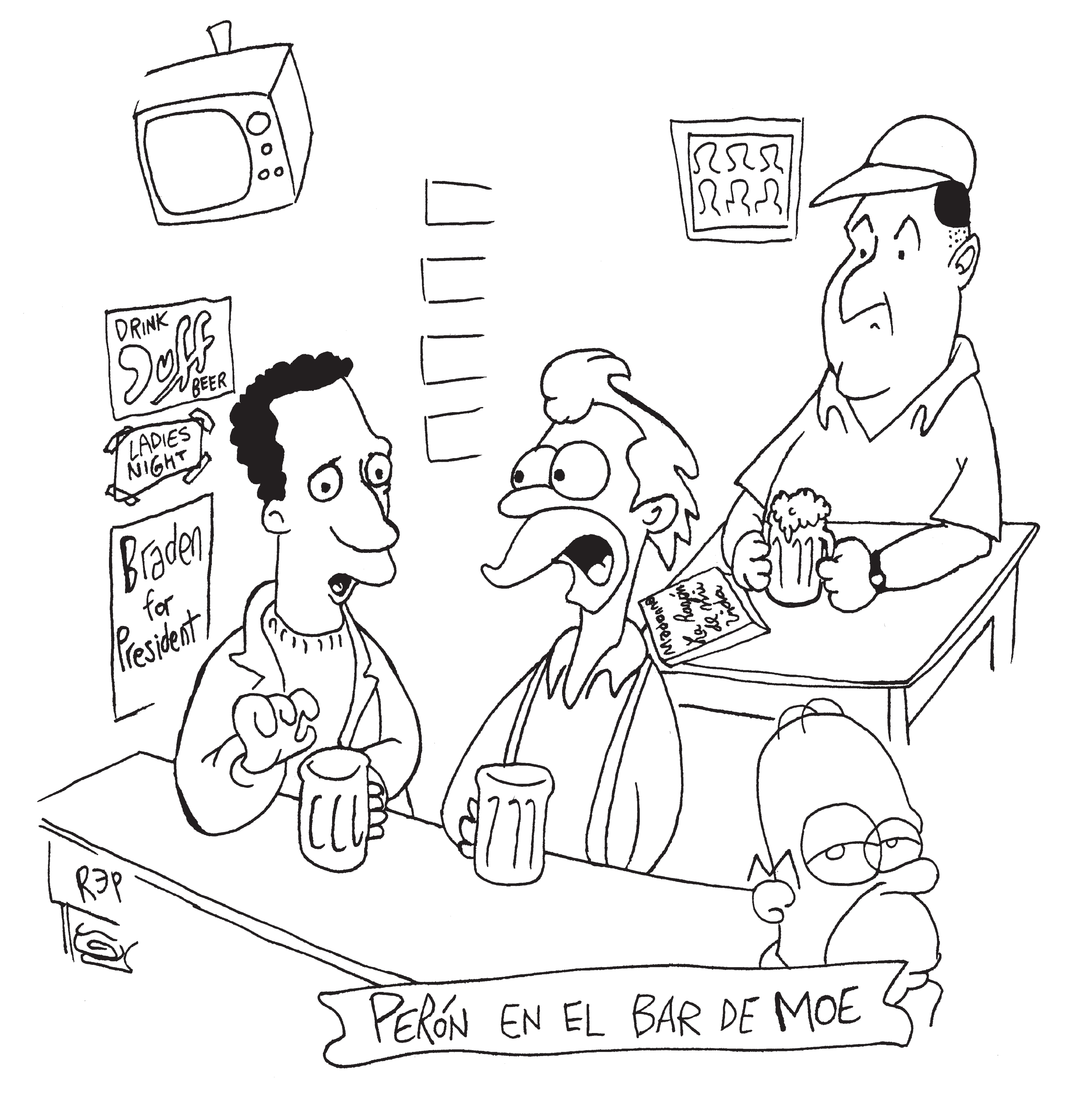
Peronismo

José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

22 **Ideología del golpe de 1955 (III)**



Suplemento especial de
Página/12

PASADO Y PRESENTE DE LAS BATALLAS ENTRE EL INTERVENCIONISMO ESTATAL Y EL LIBRE MERCADO

En el plano económico (que es imposible aislar del político), la Libertadora busca destruir el intervencionismo de Estado que aplica el peronismo. Son liberales y lo que buscan los liberales es la libertad del capital. Esa libertad se expresa en el mercado. El mercado, para ser libre, no debe sufrir la intervención estatalista. La disyuntiva entre liberalismo y populismo es la disyuntiva entre *mercado* y *Estado*. Para el populismo, la única posibilidad de derivar las ganancias de las empresas hacia los sectores populares es que el Estado intervenga en la economía, regule el mercado e impida que esas empresas se apropien de él. Las empresas defenderán la libertad de mercado y dirán que la intervención del Estado la distorsiona. De la distorsión del mercado se pasará a decir que el Estado es autoritario. (Autoritario por el mero hecho de intervenir, *con autoridad*, en el mercado, frustrando su libertad. Nada más autoritario o, incluso dictatorial, que "frustrar la libertad".) El paso siguiente será decir que las ganancias de las que se apropia el Estado por su intervencionismo no van a los sectores "pobres", no van al "pueblo" que el Estado populista dice proteger, sino que se las queda el propio Estado. A lo que se le llama "corrupción". En suma, si el Estado interviene en el libre juego del mercado será: autoritario y corrupto. Al ser autoritario también será necesariamente antidemocrático. Al ser antidemocrático herirá las instituciones de la República, los distintos poderes por medio de los cuales la democracia se expresa: el Legislativo, el Judicial y el Ejecutivo. Será, así, antirrepublicano. Enemigo de los valores de la República y sus instituciones democráticas. Todo este bien armado aparato conceptual busca un solo fin: que el mercado quede en manos de las empresas. Un periodista obediente de esas empresas promocionaba su programa precisamente afirmando que lo respaldaban porque les interesaba "el país". Es famoso el lema: "Estas empresas a las que les interesa el país". A las empresas no les interesa "el país". A las empresas les interesa la rentabilidad. Hay muchas personas de buena voluntad en las empresas. Gente que cree que este sistema puede funcionar. Pero luego de una larga meditación junto a alguno de ellos (recuerdo una charla en Mar del Plata promocionada por una multinacional), el buen tipo, el capitalista con corazón, llega a decir: "Yo puedo tomar aquí, en el país, todas las decisiones que quiera. Pero la verdadera decisión la toma alguien, a quien no conozco, en Suiza".

¿Qué buscó decir? Las empresas que se disputan el mercado argentino no tienen su célula central aquí. De aquí retiran sus ganancias. Y raramente las vuelven a invertir. Si se las deja entrar (lo cual, a esta altura del desarrollo del capitalismo y de la catástrofe de todas sus alternativas, es inevitable), competirán con las empresas nacionales que están en el mercado. Con enorme facilidad las dominarán. Comprarán todo su paquete accionario o la mayoría de él hasta tener el control de la empresa. El mercado libre no es libre. El mercado tiende a la oligopolización. Lo que soñó Adam Smith no era esto. Pero no es menos cierto que no encontró una verdadera herramienta teórica para impedirlo. Smith sabía que los monopolios eran inevitables (y pensaba en los países ricos, no pensaba en lo que, para él, eran "las colonias") y no pudo encontrar nada que pudiera impedirlo. Salvo ese célebre pasaje de la "mano invisible". Convengamos que si un teórico de la talla de Adam Smith tiene que apelar a algo tan teológico o metafísico como la "mano invisible" para explicar por qué el mercado se regula por sí mismo es porque no, *porque no se regula por sí mismo*. No sólo no lo hace sino que la política de las grandes potencias se ha desarrollado a lo largo de los dos últimos siglos protegiendo los intereses de esas empresas. Cuando Kissinger dijo: "Los intereses de la General Motors son los intereses de los Estados Unidos" dijo una frase tan histórica como cuando le dijo a Videla "Maten a todos pero antes de Navidad", que es otro modo de asegurar el buen funcionamiento de las empresas.

El liberalismo, en los países de la periferia, se encuentra impedido por el surgimiento de los populismos. A los populismos los respaldan las masas, porque los gobiernos populistas, por medio de la intervención estatal y pese a la corrupción que, en efecto, los corroe, *distribuyen el ingreso*. De este modo, al hacerlo, logran la adhesión del *popolo minuto*. Del pueblo pobre. Tienen, en resumen, a las masas de su lado. El liberalismo, al no tenerlas, debe, en nuestros países pobres, fortalecer al Estado. Debe poner en funcionamiento un Estado poderoso que está al servicio de la represión. Aquí sus postulados colisionan. Un Estado poderoso (un gendarme de las empresas) altera el esquema liberal, que requiere sólo un Estado atento a las necesidades más elementales de la sociedad. El célebre *laissez faire, laissez passer* del liberalismo clásico no ha dado paso a ninguna fórmula nueva ante el Estado. Los liberales siguen exigiéndole lo mismo. Que sólo administre. Nunca pudo lograrlo el liberalismo argentino porque siempre llegó al poder por medio de golpes militares. Los militares, por torpes y por necesariedad de esa torpeza para matar gente, es decir, para la represión, gastaron desmedidas sumas de dinero en armamentos y todo tipo de cosas para fortalecer el Estado. Crearon sus propias empresas e intervinieron en la economía. Por otra parte, un liberalismo represivo debe contar con un Estado gigantesco. Ese Estado invade el mercado y le resta libertad, espontaneidad, en suma: interviene en él. Siempre los liberales terminaron desilusionándose de los militares. O porque compitieron con ellos o porque crearon un Estado bélico al que destinaron reservas desmedidas. El liberalismo, en la Argentina, sólo llega al poder con los votos del peronismo en su expresión menemista. Aquí, obedeciendo a la corriente de la época, el gobierno de Carlos Menem le entrega el poder al llamado *capitalismo salvaje* o *capitalismo de mercado* o *neoliberalismo*. No hay demasiadas diferencias. Menem entrega los votos, el aparato justicialista y pone a sus órdenes a un sindicalismo cómplice. En cuanto a los militares, también es cierto que, al apoderarse del Estado, la corrupción los penetra con tanta facilidad como a cualquier político. Por lo que terminan deviniendo socios y hasta jefes de las empresas en lugar de sus meros protectores.

El IAPI fue el arma más genuina que el populismo impulsó en América Latina. Es la cifra perfecta del intervencionismo de Estado. En 1950, el IAPI cubría el 75 por ciento de las exportaciones argentinas. Al reemplazar a los monopolios como Bunge y Born que intermediaban entre los productores y el mercado internacional, el IAPI se apropiaba de capitales excedentes que derivaba a: 1) Beneficiar los intereses de los sectores postergados de la sociedad; 2) Promocionar el desarrollo industrial. De aquí que –en el plano económico– la diferencia fundamental entre el peronismo y la Libertadora y el motivo fundante del golpe del '55, más allá de toda la hojarasca "democrática", fue el pasaje de una *economía que centralizaba el capital en la industria y en los sectores populares a una economía que centralizaba el capital en los sectores tradicionales de la ganadería y la agricultura ligados a los trusts cerealeros, a la tradicional oligarquía vacuna argentina.*

Los antiperonistas (los liberales de este país) le objetaron al IAPI que fomentara la corrupción. ¡Claro que fomentaba la corrupción! Toda concentración estatal fomenta la corrupción y la burocracia. Pero, ¿qué importaba un Jorge Antonio al lado de las superganancias que se les extraían a los monopolios? La corrupción está en todas partes. Y la mayor corrupción, en última instancia, es que la tierra de la patria sea propiedad de familias o de grupos económicos. En fin, pero estas cosas se eliminan con algo más drástico que un Estado nacional popular intervencionista. Si a éste ya se lo considera el Maligno en persona, ¿qué se puede esperar de la suerte que correría una reforma verdadera de la propiedad de la tierra? Han logrado meter en la cabeza de todo el mundo que eso sería matar a Dios, a la Propiedad Privada y al Orden Natural de las Cosas.

Los problemas del populismo son también graves. La concentración del poder en el Estado (todo Estado intervencionista es un Estado poderoso) genera no sólo corrupción, sino personalismo y autoritarismo. En suma, desdén por los valores de la democracia. El liberalismo *siempre* es antidemocrático. Sólo lo fue en el caso excepcional del menemismo que le posibilitó no *asaltar el Estado por medio del Ejército*. El Estado nacional popular corre el *riesgo* de no ser democrático. Y acaso deba aceptar ese riesgo. ¿Cómo iba Perón a instaurar algo como el IAPI, algo que tocaba profundamente el corazón del sistema ganancial de las grandes empresas cerealeras, sin la fuerte autoridad de un Estado intervencionista? ¿Cómo un Estado nacional popular va a beneficiar al pueblo sin convocar su adhesión entusiasta? ¿Cómo esta adhesión entusiasta no va a generar un caudillo que la convoque? ¿Cómo este caudillo no degenerará, muy posiblemente, en un político personalista, en un líder de masas o en un dictador? La Historia es compleja. De aquí que estas cuestiones no tengan arreglo y haya pensadores como Hegel y Clausewitz que reflexionaron sobre la inevitabilidad de la guerra. Hay un momento en que entre liberales e intervencionistas *la política no alcanza*. Perón tuvo que ser autoritario. No lo fue por su pasado nazi, según veremos que abundantemente dicen los ideólogos de la Libertadora. No lo fue por haber visitado la Italia fascista. No lo fue por haber sido miembro del GOU ni por esperar, junto a sus compañeros, la victoria de Alemania para representarla en el Sur de América Latina. El autoritarismo de Perón tiene una explicación racional, clara: no podía instaurar el Estado que instauró democráticamente. El IAPI es una *medida de fuerza*. Es meterles la mano en los bolsillos a los ganaderos, a los agricultores. En suma, a la oligarquía. El Gobierno de Perón (y el de Eva) fue antioligárquico y, por medio de esta política, derivó parte de las superganancias de la oligarquía hacia el Estado y desde el Estado las derivó hacia la clase obrera aumentando su participación en la renta nacional en más de un 30 por ciento. ¿Se habría podido hacer esto sin una política autoritaria? ¿Se puede extrarles dinero a los grupos de poder sin un poder semejante o mayor? Recordemos el nombre nada casual que se le da a ese proceso, al de la derivación de ganancias de los propietarios o de los monopolios hacia el Estado: *exacción*. Recordemos, ahora, eso que, para Milcíades Peña, desde la perspectiva de un marxismo con toques de trotskismo, y en 1956, *sólo* había sido el peronismo: *"Sindicalización masiva e integral del proletariado fabril y de los trabajadores asalariados en general. Democratización de las relaciones obrero-patronales en los sitios de trabajo y en las tratativas ante el estado. Treinta y tres por ciento de aumento en la participación de los asalariados en el ingreso nacional. A eso se redujo toda la 'revolución peronista'"* (Peña, *Ibid.*, p. 130). ¡Treinta y tres por ciento de aumento en la participación de los asalariados en el ingreso nacional! Eso (que –de acuerdo, Peña– lejos estuvo de ser la Reforma Agraria o la Revolución Socialista) provocó el bombardeo a la ciudad de Buenos Aires, la definitiva identificación de Perón con el nacionalsocialismo, la furia de todas las clases propietarias, de la Iglesia, de los intelectuales. Eso se logró por medio del autoritarismo peronista. Del *indudable* autoritarismo peronista. ¿Qué habría sido necesario para lograr lo que Peña le reclamaba, por insuficiente, al peronismo? ¿Qué habría sido necesario hacer para que Peña no ironizara sobre la "revolución peronista", para que no escribiera esa frase entre comillas desdeñosas? Una revolución, desde luego. Hay un texto célebre de Friedrich Engels que lleva por título *De la autoridad.* Discute contra los enemigos de ella. Y sostiene que no se puede cambiar nada sustancial, nada que implique un cambio drástico en la *posesión de las cosas*, en la *propiedad*, sin un fuerte autoritarismo. De esta forma, escribe: "¿No han visto nunca una revolución estos señores? Una revolución es, sin duda, la cosa más autoritaria que existe; es el acto por medio del cual una parte de la población impone su voluntad a la otra parte por medio de fusiles, bayonetas y cañones, medios autoritarios si los hay; y el partido victorioso, si no quiere haber luchado en vano, tiene que mantener este dominio por el terror que sus armas inspiran a los reaccionarios. ¿La Comuna de París habría durado acaso un solo día de no haber empleado esta autoridad de pueblo armado frente a los burgueses? ¿No podemos, por el contrario, reprocharle el no haberse servido lo bastante de ella?" Esta escasez en el *autoritarismo* de la Comuna se expresó en su incapacidad para expropiar al poder bancario. Luego, es cierto que las burguesías de Francia y Prusia, que estaban en guerra, se unieron para liquidar el peligro socialista. ¡Dejaron de lado su "honor nacional", su "guerra patriótica", para aniquilar a los insurgentes socialistas! Es decir, antes está la propiedad privada y su defensa, luego los conflictos nacionales. Vaya lección. En cuanto a Engels, cabe subrayar que su idea de *revolución* era la de la Revolución Francesa, y que ésta fue la revolución de la burguesía capitalista contra la monarquía de derecho divino que residía en Versalles. Pocas revoluciones fueron más sanguinarias que la gran revolución del capitalismo. Ahora los republicanos y los libremercadistas vienen con sus tersos modales democráticos, pero cuando tuvieron que hacer "su" Revolución no se detuvieron hasta llegar al Terror. Por otra parte, el actual Imperio Bélico Comunicacional Americano asegura su poder global, su autoridad como gendarme del nuevo universo único, del mercado de mercados, por medio de una guerra colonialista que amenaza no detenerse. El concepto de "guerra preventiva" cubre a todos, desde China hasta Brasil. Ahí donde el Imperio se vea cuestionado, donde sus empresas deban retroceder, algo aparecerá para que intervengan de la manera que sea necesaria. El democrático mercado está vigilado por un Big Brother temible y artillado hasta los dientes. Toda otra versión es idílica, utópica y, en última instancia, propagandista.

LA PALABRA CLAVE DE LA DISTRIBUCIÓN DEL INGRESO: "RETENCIÓN"

Lo que Peña le reprocha a Perón es lo que Engels a la Comuna: *no haber utilizado aún más la autoridad para llegar a resultados más profundos*. Convengamos que con el autoritarismo que usó para llevar desde los bolsillos de los ricos (reteniéndoles sus ganancias descomedidas) a los de los pobres el 33 por ciento de aumento en la participación de la renta nacional, le bastó para que intentaran asesinarlo bombardeando la Casa Rosada, que lo acusaran de todo lo que se puede acusar a alguien, desde amante de Archie Moore hasta nazi, que le revelaran sus amoríos con una adolescente, que lo expulsaran del país, que lo arrojaran al exilio, que su nombre fuera prohibido, que toda una generación de escritores lo lapidara con escritos que demostraban que era un agente nazi, un abusador de menores, un enfermo neurótico obsesivo y otras cualidades que ya veremos.

¿Cómo se logra en el primer peronismo ese *traspaso* del porcentaje de la renta nacional de los sectores propietarios a los no propietarios? El IAPI juega en esto un papel fundamental. ¿Qué hacía el IAPI? Se convertía en el exportador de la producción nacional. Es decir, era el Estado el que exportaba y el que retenía una importante suma de la renta agropecuaria para derivarla hacia los sectores no propietarios. (Que había, en medio de eso, corrupción, de acuerdo. Pero, ¿quién puede arrojar la primera piedra? ¿O no eran corruptos los muchachos de la Escuela de Chicago, Martínez de Hoz y su gang?) La derivación de la renta patronal hacia la clase obrera se producía por medio de un ente estatal destinado a retenerles ganancias a los productores. Hoy, en 2008, el intento del gobierno de Cristina Kirchner de impulsar algunas leves retenciones a lo que se ha dado en llamar "el campo" genera casi una alteración de graves consecuencias institucionales, cuyo desenlace aún no hemos visto.

Vayamos a la palabra. La palabra es *retener*. Toda *distribución del ingreso implica retenerles ganancias a los sectores propietarios*. Sin eso *no hay posible distribución del ingreso.* Observemos, ahora, cómo hasta el lenguaje ha sido moldeado por los propietarios a lo largo de la historia. La palabra retención es sinónimo de exacción. Que es sinónimo de coacción, imposición, coerción. Es también

sinónimo de abuso. Cuyos sinónimos son: injusticia, arbitrariedad, atropello, estafa, robo y, también, retención. Sinónimo de retención es coacción. Cuyos sinónimos son: requerimiento, exigencia, imposición, coerción, presión. Detengámonos en *coacción*. ¡Qué palabra terrible! ¿Por qué magia del lenguaje hemos llegado de retención a coacción? ¿No serán altamente *incómodos* los sinónimos de *coacción*? ¿Qué les está tratando de hacer este gobierno a los propietarios rurales? Sinónimos de *coacción*: imposición, violencia, apremio (¿legal o ilegal?), compulsión, exigencia, amenaza, chantaje, intimación. Otro sinónimo de coacción es tiranía. Cuyos sinónimos son: opresión, ahogo. Y ahora prestemos atención: hemos llegado de la palabra "retención" a la palabra "tiranía". ¿Cuál es el *antónimo* de "tiranía"? *Libertad*. El lenguaje, señores, es de los patrones. El lenguaje es de los propietarios. *Retenerles ganancias a los propietarios es un acto tiránico y todo acto tiránico es un acto contra la libertad*. El lenguaje, en suma, es liberal. Habrá que inventar nuevas palabras. O acaso decir cautelosamente que la derivación por sinónimos extrema demasiado ciertos actos. Sin embargo, observemos cómo, para quienes "sufren" las retenciones, el hecho implica un acto contra la libertad, un acto "tiránico". Y es que toda "retención" agrede una libertad: la del mercado. Y explicita otra: la del Estado como órgano de distribución de la riqueza. De modo que todo queda claro: no hay retención posible sin intervencionismo del Estado nacional popular. Este intervencionismo agrede, en efecto, la llamada "libertad de mercado", pero es el único instrumento que posibilita derivar ganancias del sector de los propietarios al sector de los no propietarios. Hacerlo por un monto del 33 por ciento le costó inmensamente a Perón. Desencadenó una guerra contra él y contra los pobres que lo apoyaron. ¿Hasta qué monto podrá hoy hacerlo Cristina F sin que las iras de los que derrocaron al primer peronismo se despierten nuevamente, con sus viejos odios siempre renovados, porque nunca murieron?

Sólo algo más. Vimos que, pese a ser una clase obrera acostumbrada a recibir sus ventajas del Estado Benefactor y no a conseguirlas por medio de su propia lucha, los obreros peronistas, convocados por los sindicatos, salieron a defender a Perón. ¿Cómo pudo Menem desvalijar al país y a su clase obrera, cómo pudo arrojar a millones de peronistas, de peronistas pobres, desposeídos, a la marginalidad más completa sin haber despertado casi ninguna protesta? Porque el terror estaba en el corazón de la sociedad argentina. Porque Videla y Martínez de Hoz asesinaron treinta mil personas. Eso permitió desmantelar el Estado nacional. Eso, todavía, posibilita que una pequeña retención a los sectores agrarios sea hoy un escándalo, un atropello vandálico cuyo fin aún no se ve.

LA LIBERTADORA: PERÓN ES HITLER

Los libros del golpe de 1955 forman un corpus nada desdeñable, sobre todo porque expresan la instrumentación de los conceptos de democracia y de libertad como armas esenciales de su construcción ideológica. Sin embargo, el punto de partida que a todos unifica es explicitar que el régimen que han derrocado era similar al de Hitler, al del nazismo.

Sólo –para el lector de hoy– si se logra internalizar que Perón, para toda la ratio gorila del '55, había sido un nazi, se podrán comprender las medidas extremas que se tomaron contra él y el movimiento. Ya veremos, en el film *El Jefe*, que se estrena el 23 de octubre de 1958, algo tardíamente, que el protagonista (interpretado por el actor Alberto de Mendoza, un exitoso en esos años) se llama Berger, pero él no quiere que lo llamen así. Así, cómo. Como en francés: *Beryer*. Eso da flojo, dice el tipo. Exige que le digan: *Berguer*. Suena más duro, explica. Suena, claro, alemán. Era una de las formas más elegantes de decirle nazi a Perón, ya que Berger era un reflejo de su figura. Pero no todos tenían la sutileza de Viñas y Ayala. La mayoría fue directamente al grano: se había derrocado a una dictadura de similares características de la alemana. El célebre Decreto-Ley Nº 4161, en sus *considerandos*, lo dice con todas las letras: "*Considerando:* Que en su existencia política, el Partido Peronista, actuando como instrumento del régimen depuesto, se valió de una intensa propaganda destinada a engañar la conciencia ciudadana, para lo cual creó imágenes, símbolos, signos, expresiones significativas, doctrina, artículos y obras artísticas; Que dichos objetos, que tuvieron por fin la difusión de una doctrina y una posición política que ofende el sentimiento democrático del pueblo argentino (...) Que, en el campo internacional, también afectan el prestigio de nuestro país, porque esas doctrinas y denominaciones simbólicas, adoptadas por el régimen depuesto, *tuvieron el triste mérito de convertirse en sinónimo de las doctrinas y denominaciones similares utilizadas por las grandes dictaduras de este siglo, que el régimen depuesto logró parangonar...*" Por todo esto, en fin, se lo prohíbe por completo. Ni se lo puede nombrar. El que nombra a Perón va preso. Pues "se considerará especialmente violatoria de esta disposición (...) el nombre propio del presidente depuesto... etc". Hemos citado ya este célebre decreto. Si ha permanecido como expresión extrema del odio habrá que entender el andamiaje ideológico que lo tornó posible. ¿No habían hecho eso los aliados con Hitler, con Mussolini? A este último, no lo habían colgado de los pies, exhibiendo su cadáver y el de su amante Clara Petacci a la contemplación de la multitud. ¿Había quedado *algo* en Alemania de los símbolos del régimen hitleriano? Nada. ¿Por qué habría de ocurrir algo diferente con Perón si se trataba de un régimen semejante? Nadie se animó a preguntar qué países había invadido el peronismo, dónde se habían instalado los campos de concentración, qué grupo social o étnico había sido elegido para ser masacrado de a miles, de a millones como los nazis masacraron a los judíos. Bastó la semejanza del autoritarismo peronista para realizar la sinonimia: Perón=Hitler. Perón ni siquiera había cerrado el Congreso, no había prohibido a los partidos políticos y su política represiva, que había utilizado la tortura, la cárcel y la persecución de disidentes, no parecía haber ido mucho más allá de la de Uriburu o no haber tenido su antecedente más que claro en la Sección Especial de Justo. Y los radicales, ¿de qué hablaban? ¿Bajo qué gobierno se hicieron los primeros pogroms en la Argentina? Bajo un gobierno radical. ¿Quiénes lo habían hecho? Los niños garcas de la Liga Patriótica. Si había chistes a montones sobre Perón, no hubo un solo chiste antisemita, que yo recuerde. En cambio, durante la Semana Trágica de 1919, cuando los garcas de la Liga Patriótica tenían cercado un barrio judío y un judío intenta regresar a su casa, es detenido por los niños bien que, a todos los sospechosos de pertenecer a la raza de "los asesinos de Dios", les exigían que dijeran la palabra *nueve*. Si el pobre judío decía *noive* le daban una paliza y lo tiraban por algún basural. Enterado de tal técnica de develamiento, un judío practica con un esmero y aprende a decir: *nueve*. Retorna a su casa y lo detienen los de la Liga. Un matoncito high class le dice: "Diga 'nueve'". Y el judío, bien entrenado, dice: "Nueve". Lo dejan pasar. Pero ven que lleva una canastita. "Oiga, ¿qué lleva en esa canasta?" "Goivos", responde el pobre judío. Nada de esto importa. Lo que importa en montar bien el aparato que justifique las acciones a emprender: se había derrocado al nazismo. Las medidas debían ser extremas. Además, esto del nazismo lo creían todos. Desde la oligarquía hasta los furibundos de *La Vanguardia* con su implacable dibujante Tristán. Perón había sido un nazi. La Argentina había padecido una dictadura fascista. ¡Otra vez el aliadofismo! Igual que en el '45, cuando Braden encabezó la Marcha de la Constitución y la Libertad, ahora toda la sociedad bienpensante estaba de acuerdo. Todos estaban *aliados* contra el nazismo. La guerra había terminado. El Plan Marshall levantaba a Alemania. La Fox filmaba una película mostrando el rostro heroico de Rommel y su participación en el atentado contra Hitler de junio de 1944. James Mason, un terso actor británico, se consagró haciendo el papel. ¿Qué significaba esto? *Había existido una Alemania buena*. Los norteamericanos levantaban a los germanos porque los necesitaban para la Guerra Fría. Pero aquí, en el Sur, quedaba el último reducto del Führer. Ese Führer de las pampas había sido Perón. Él había recibido a Eichmann, a Mengele y a todo el oro nazi. Como Hitler, había torturado. Como Hitler, había impuesto el culto a su personalidad. Como Hitler, había perseguido a sus enemigos. ¿Qué otra prueba hacía falta?

EL VENTUROSO FUTURO

Yo estaba en sexto grado. Muy metido en otras cosas más importantes para mí: escribir novelas de piratas, ir al cine *Edén* en Villa Urquiza o al *Cabildo* y al *General paz* de Belgrano, leer muchas historietas, leer *Misterix*, *Puño Fuerte*, *Rayo Rojo*, *El Tony*, *Patoruzito*, coleccionar las maravillosas revistas mexicanas, con todos los personajes de los films de las matinés o de los dibujos animados, todo eso que pasaba era un barullo poderoso que me llegaba amortiguado. El día del bombardeo del 16 de junio esperé durante horas sentado en el cordón de la vereda de Avenida Forest y Echeverría que mi papá regresara en el colectivo 76. Esa espera fue muy angustiosa. Pero volvió. No había visto nada del bombardeo. Me preocupaba que lo tirarán a Perón: desde que había nacido gobernaba Perón, ¿quién iba ahora a ser presidente? Una mañana, en el Colegio, el Colegio José Hernández de Pampa, entre Forest y Estomba, entra en el aula nada menos que el señor Director. Nos ponemos de pie y él, muy amigable, muy feliz, nos dice que nos sentemos. Lo recuerdo como si hubiera sido ayer. Ese hombre vivía un gran momento, su alegría era tan plena que la quería compartir con nosotros, que éramos los más grandecitos del Colegio y ya partíamos para el Secundario. El maestro se quedó de pie y el Director ocupó su silla. Se llamaba Grassi. Nos habló larga y entusiastamente. Usó todas las palabras que se usaban durante esos días: libertad, democracia, tirano prófugo, horizonte, bandera, honor, próceres, próceres que nos miran con orgullo desde el pasado, Himno Nacional y agregó lo suyo: "Este es un gran momento en vuestras *(sic)* vidas jóvenes. Vais a iniciar una nueva etapa, el Colegio secundario, y la vais a iniciar bajo un clima de libertad y de austeridad republicanas". Algo que dijo me asustó bastante: "Aquellos que se esfuercen seguirán por la senda de la vida hacia el futuro venturoso. Los que no, quedarán en el camino, a un costado. Pero el futuro se les abre y una nueva época se inicia para que marchen hacia él. No la desaprovechen". Yo era bastante burro en el primario, porque odiaba las matemáticas y la geometría y me la pasaba escribiendo novelas de piratas o de cowboys y hasta de gauchos o una biografía de Rosas (¡sí, el maldito de la primera tiranía!), porque me devoraba los libros de Manuel Gálvez que salían en la Colección Austral (cosa que ya dije) y porque vivía más para ir al cine que para estudiar *logaritmos*, algo

horrible que nunca logré entender. En suma, era un burro. Era un mal alumno. ¡Seguro que me quedaba en el camino, a un costado! ¡Seguro que ni por joda seguiría por la senda de la vida hacia un futuro venturoso! Se lo comenté a mi vieja al volver a casa. Y me dijo que sí: "Si sos un vago, no estudiás nada. O escribís novelitas de piratas o vas al cine o escuchás la radio!" Alentadora la vieja. ¿Cómo no iba a escuchar la radio? Todos lo saben. Era maravillosa esa experiencia. ¿Cómo iba a hacer los deberes, perder el tiempo haciendo logaritmos en lugar de escuchar a *Tarzán*, con César Llanos y Mabel Landó y Oscar Rovito, "Tarzanito", *Sandokán*, *Poncho Negro*, *Hormiga Negra*, el *Glostora Tango Club* y los *Pérez García*? Bueno, pero no era éste el tema. El tema es el señor Director Grassi: el tirano había huido y él se había llegado prestamente hasta nuestra clase, sería el diecinueve de septiembre, y nos había arengado. Consideró que ése era su deber. Fue mi primera clase de Educación Democrática. Lo recuerdo como a un hombre que me hablaba de algo que yo no entendía. Belgrano R, en los cincuenta, estaba lejos de todo. Yo había sido feliz durante esos años. ¿Tan terribles habían sido entonces? Bueno, pues recién me enteraba. Pero el señor Grassi vivía sus días de mayor exaltación republicana, la libertad se desbordaba en nuestro país, la aurora, el futuro, el bienestar, todo, ahora, derrocado el Tirano, sería posible.

EZEQUIEL MARTÍNEZ ESTRADA: "¿QUÉ ES ESTO?"

Martínez Estrada escribió *¿Qué es esto?* Título que revela el pasmo del propio escritor y –supone él– el de muchos otros que, enterados de las atrocidades del régimen peronista, se preguntan cómo ha sido posible *eso*. Se trata de un título inusual para un libro. Más aún proviniendo de la pluma de quien se asumía como el gran ensayista del siglo XX y que había acuñado títulos tan severos y ambiciosos como *Radiografía de la Pampa*. Pero pareciera ser que, en esa *Radiografía*, no figuraba la posibilidad de *esto*, que *esto* fue sorpresivo, como un ataque extraterrestre al país, algo cuya comprensión se tornaba tan difícil que desde el título debía ser manifestada. Se trata, también, de una *Catilinaria*. En la que Martínez Estrada es Cicerón y el Tirano Prófugo, Catilina, que ha largamente abusado de la paciencia de la República.

¿Qué decir de Martínez Estrada? ¿Qué puede decir sin desmerecerse –salvo al costo de no decir la verdad– alguien como yo que, habiéndome dedicado a la Historia del Pensamiento Argentino y desempeñado funciones en esa cátedra desde 1969 en adelante (hasta el huracán Ottalagánico de 1975, en que, por otra parte, dictaba no esa materia, sino *Antropología Filosófica*), nunca logró tomar en serio a este hombre, a este autopropuesto Sarmiento del siglo XX, a ese ensayo que venía a develarlo todo, su *Radiografía de la Pampa*. Ya es tarde. Sería injusto para conmigo decir que, profesionalmente, no intenté la lectura del libraco pomposo y, al parecer, ineludible, pero nunca pude con él. Ya no importa mucho lo que yo pueda decir, ni ya importa mucho Martínez Estrada, melancólica pieza de museo que nada, pero nada, tiene que ver con la Argentina de los tiempos del cincuenta en adelante, aun cuando su *catilinaria* fuese de 1956. Aun cuando haya viajado a Cuba y declarara su pasión por Castro, que no la correspondió. Siempre fue, para mí, un hombre sobreactuado, sin autoironía, incapaz de no tomarse, por un rato al menos, en serio. Se dice que visitó la Unión Soviética, que entró en la casa de Dostoievski, se inclinó largamente, religiosamente, y besó el suelo. Si yo hiciera algo así me reiría de mí mismo y me regalaría algunos epítetos referidos a mi condición de bobo irredimible. Supongo que me emocionaría tener en mis manos algún manuscrito de Faulkner o alguna partitura original con anotaciones de Brahms. Pero trataría de no babosearlas. Pero exagero y acaso falto el respeto a una gran figura de la argentinidad. "Si hay ensayo argentino (escribe Horacio González), en una gran medida es porque existen los escritos de Ezequiel Martínez Estrada" (Horacio González, *Restos pampeanos*, Colihue, Buenos Aires, 1999, p. 168). Pero esa afirmación queda atenuada porque en seguida empieza a hablar de las *exaltaciones* del personaje. Era un *exaltado*. Era alguien que disfrutaba con la figura del *incomprendido*. Era un profeta solitario y, como todos los solitarios, era un profeta postergado, nunca debidamente reconocido por sus contemporáneos. Está lleno de tipos así. Juegan a ser perdedores con la fe puesta en un futuro que los reconocerá y hará de ellos mártires de pasiones no compartidas. Aspiran a eso como la inmortalidad. Este concepto atenuó la desdicha de tantos escritores que acaso debiera ser restaurado. Pero no es posible. No hay inmortalidad. Nadie sabe si será reconocido, ignorado, olvidado o escupido por las generaciones que vendrán. ¿Para qué pensar en ellas? Nadie tiene su justicia asegurada en el más allá, en el futuro. Además, y es hora de que quienes aún la buscan lo entiendan de una buena vez: *no hay inmortalidad porque nadie, ni siquiera Shakespeare, ha presenciado la suya, ha vivido para verla*. Habría inmortalidad si hubiera un Paraíso o incluso un Infierno desde el cual el inmortal pudiera observar los sucesos que aún el mundo provoca y decirse: "¡Qué alegría poder verlo, aunque más no sea desde aquí, desde el Infierno! ¡Soy inmortal! No se olvidan de mí. Me recuerdan. Mi paso por la Tierra no ha sido en vano. Aún me odian". Frase que podría pertenecer a un hipotético Hitler inmortal. O, como diría Martínez Estrada, a un Perón. Pero no: tampoco, además de inmortalidad, hay Paraíso ni hay Infierno. Si hoy te tratan mal, tendrás que sufrir. Algo habrás hecho: o no te manejaste bien o no tenés el talento que creés o, tal como pensás, vivís en un mundo de idiotas que no entiende a los tipos como vos. Pero Martínez Estrada no puede quejarse. Mi edición de su *Radiografía de la Pampa* es una joya editada en París, con respaldo de la Unesco, Universidades de San Pablo, Río de Janeiro, el Fondo Nacional de Cultura de México, en fin, tanta gente que uno no sabe a quién atribuir la edición. Y es de 1996. Ha realizado su sueño. Ese ambicioso libro pareciera empeñarse en permanecer. En su *Liminar*, dice de él Gregorio Weinberg: "Constituye *Radiografía de la Pampa* –junto al *Facundo* y al *Martín Fierro*– uno de los libros fundacionales de la literatura argentina" (Martínez Estrada, *Radiografía de la Pampa*, Impreso No-Sé-Dónde –de tantos lugares que figuran–, 1996, p. XV). No creo que sea así. Weinberg solía excederse en algunas afirmaciones. Sea como sea, alguien puede decir algo semejante del texto y no suena *demasiado* absurdo. Sólo bastante absurdo. Al leerlo a Weinberg descubre que lo que detestaba de Martínez Estrada era esa pretensión tan visible en él, esa ambición que no podía escamotear, de ser el Sarmiento del nuevo siglo o el autor de un texto tan paradigmático como lo fuera el *Martín Fierro*. Escribió excesivamente. Escribió de todo. Y fue un tipo extraño.

Bien, no perdamos más el tiempo. *Radiografía* no es el texto del que nos vamos a ocupar. De él se ha ocupado Sebreli en un buen ensayo al que acaso convendría remitirse: *Martínez Estrada, una rebelión inútil*, Catálogos, Buenos Aires, 1986). Nuestro texto es *¿Qué es esto?* Busquemos su génesis. EME (Ezequiel Martínez Estrada) había nacido en 1895. Tenía cincuenta años en 1945, cuando se produce el 17 de octubre. En 1946 era corresponsal de la revista *Sur*. Pero se produce un hecho misterioso. No bien se afianza Perón en el poder –digamos 1946–, EME se enferma de un mal de difícil diagnóstico. Se le podría llamar *peronitis*, y es posible que se tratara de él. Pero no estaba por entonces conocido ni se conocía su tratamiento. Ignoro si se ha avanzado en ese terreno. Lo cierto es que EME sufrió *realmente* mucho. Esa enfermedad lo tuvo en diversos hospitales, internado, sometido a cuidados médicos y lo llevó al olvido. Sólo Victoria Ocampo solía visitarlo. "Siga enfermo nomás, don Ezequiel", le decía. "Aún no hemos volteado al nazi." (Fue sólo un chiste. Remito al juicio de los otros tanto su calidad como su posible falta de respeto hacia tan eminente y padeciente figura. Sin duda, don Ezequiel no habría hecho algo así en su *Radiografía de la Pampa*. Pero lejos está este panfleto publicado en un diario oficialista de un peronismo que también habría sorprendido a Don Ezequiel, de pretender alcanzar las ambiciones de su gran ensayo, que reclama para sí la gloria de Sarmiento. Este ensayo sobre el peronismo ni siquiera reclama la gloria de prolongar las altas cumbres que lograron Julio Mafud o Sebreli o el periodista Gambini en este tema.) EME no se curaba con nada. El diagnóstico era *neurodermatitis*. Le decían, para colmo, que era de origen *psicosomático*. Cuando a uno le dicen algo así lo dejan cargado de culpas. Porque un cáncer o una apoplejía difícilmente sean psicosomáticos. O sea: *uno no tiene la culpa*. Pero de un mal psicosomático uno sólo tiene la posibilidad de echarse la culpa a sí mismo. El caso es sorprendente. Cae Perón y Don Ezequiel... se cura. Lo dicho: padecía *peronitis*. Se enfermó diez años para no ver *nada* del peronismo. Un caso único, excepcional. Apenas sale a la luz empieza a escribir sobre el peronismo como si lo hubiera padecido y pensado día tras día. Las cosas que hizo después de escribir este libro son también un poco complejas, algo extrañas. Se autoexilia en 1959 y anda de un lado a otro. Hasta escribe sobre el colonialismo y recala finalmente en la caliente isla de Cuba, circa 1960, nada menos. Se torna un revolucionario. Admira a Castro, quien no obstante no le devuelve ese sentimiento que, con frecuencia, lleva a ciertas personas a someterse a otras. Castro, definitivamente, no admiró ni convocó ni tomó en cuenta a EME. De todos modos, estudia la vida y la obra de Martí, edita dos libros de discursos de Fidel Castro (dos discursos: un libro para cada uno) y escribe un mamarracho espectacular: *El Nuevo Mundo, la Isla de Utopía y la Isla de Cuba*. Mezcla, con indudable imaginación, a los indígenas de Cuba con los indígenas de la *Utopía* de Thomas More y hace de la Cuba de Castro el ideal realizado de la Cuba de Martí. Su adhesión creativa y fervorosa por la Revolución Cubana no parece haber sido comprendida por los intelectuales que rodeaban a Victoria (recordemos: esa amable señora que lo visitaba en los hospitales durante los duros años de su *peronitis*), quienes, por otra parte, ya habían ejercido esta incomprensión con José Bianco. Con lo cual acaso pueda deducirse una indudable cláusula secreta, por todos compartida, de los miembros de la revista *Sur*: si uno, como José Bianco o Ezequiel Martínez Estrada, se entusiasmaba con Castro, ¡a la calle con el zurdo! Esta actitud, que algunos llaman macartismo sólo por enlodar a semejante revista y a su directora, debe entenderse como una prolongación de la actitud antifascista y aliadófila de la revista: ahora, al ser aliados de Estados Unidos e Inglaterra y al haberse extraviado el rumbo democrático y Occidental de la Unión Soviética, *Sur* debía luchar denodadamente contra el comunismo dentro y fuera del país. Don Ezequiel permanece olvidado. Acaso por su reticencia a acercarse a otros grupos literarios, como, por ejemplo, *El Escarabajo de Oro* o *Nuestra Palabra*. Muere el 4 de noviembre de 1964. Algunos dicen que su silenciamiento aún perdura y que esas razones son difíciles de comprender. Escribió también un libro sobre Nietzsche, que ignora todas las problemáticas que –desde la lectura que Heidegger hiciera de él a partir de 1936 hasta 1940– se desataron en torno de ese filósofo.

¿Debería sorprendernos que Martínez Estrada se ubique ante Perón como Sarmiento ante Facundo? Voy a citar dos pasajes. Uno, de *Facundo*. Otro, de *¿Qué es esto?* Son excesivamente similares. Escribe Don Ezequiel: "En la figura de Perón y en lo que él representó y sigue representando *he creído* ver personalizados" (E. M. Estrada, *¿Qué es esto?*, Lautaro, Buenos Aires, 1956, p. 16. Bastardillas mías). Escribe Sarmiento: "*He creído* explicar la revolución argentina en la biografía de Juan Facundo Quiroga porque creo que él explica suficientemente" (Sarmiento, *Facundo*, Estrada, Buenos Aires, 1940, P. 14). El mismo tono, el mismo método, casi las mismas palabras: otra vez EME se "viste" de Sarmiento y se decide a develar la *sombra terrible* de Perón. El *método* es el de interpretar la historia a través de lo que Hegel llamó *individuo histórico universal* (partiendo de la figura de Napoleón) y que radica en rastrear las tendencias de la historia (su decurso necesario, como dirían los posestructuralistas o los posmodernos, su *teleología*) encarnadas en una figura excepcional, en ese individuo que la razón histórica ha elegido para realizarse a su través. Nada menos ese papel (el que Sarmiento le confirió a Facundo) le confiere Martínez Estrada a Perón. Y pensar que, cada vez más, y en especial los mismos peronistas, le dicen "viejo de mierda" al mítico hombre que levantó a un pueblo entero un cierto día de octubre del año 1945.

PRÓXIMO DOMINGO

"Libro Negro de la Segunda Tiranía"